

tibir. Habiéndose hecho cristianos los emperadores, arrastraron consigo, por el peso de su autoridad y de su ejemplo, un tropel de pueblo y de cortesanos que acrecentaron el número, pero que no aumentaron la alegría de la Iglesia. Esta oleada de malos cristianos nuevamente venidos se llevó tras de sí á los que se hallaban ya débiles; llegó á ser ya su porte menos regular, y ellos menos continuos en los ejercicios de la Religión. San Crisóstomo en su tiempo se quejaba ya, y reprendía á sus diocesanos el descuido de hallarse en las asambleas en que se celebraban los tremendos misterios. Creció la corrupcion con el tiempo; y fue preciso que la Iglesia hiciese una ley, y usase de la autoridad que Dios le ha dado sobre sus hijos, mandándoles oír misa los domingos y las fiestas; al principio misas mayores y solemnes; despues (á causa de la dureza de su corazon), rezadas y privadas; primeramente únicas, despues por una sábia condescendencia multiplicadas en las parroquias, segun la necesidad de las iglesias, y tambien segun la comodidad de los pueblos. Ved aquí, hermanos míos, cuál ha sido la disciplina, muchas veces diferente en las necesidades, siempre igual en el orden, y siempre la misma en la doctrina, en las disposiciones que ha pedido á los fieles que asisten al santo sacrificio de la misa.

24. Cualquiera oficio y cualquiera funcion que los cristianos ejerzan en orden á la misa, sea de *asistentes*, sea de *oferentes*, deben estar en la Iglesia con modestia, con temor y con atencion. Como nosotros estamos compuestos de cuerpo y de espíritu, y Dios es autor de uno y otro, es necesario que ambos tengan parte en la adoracion que le debemos. Sobre este fundamento arregla la Iglesia nuestro culto: de suerte, que no sea tan interior, que no se extienda hácia afuera; porque así como es necesario que la religion de nuestro espíritu esté acompañada de la compostura religiosa de nuestros cuerpos, tambien es necesario que los homenajes y las adoraciones de nuestro cuerpo estén animadas de los homenajes interiores y de las adoraciones secretas de nuestro espíritu; y á la manera que el sacrificio visible que se ofrece, es la señal del sacrificio invisible, así tambien, dice san Agustín, esta modestia y compostura exterior del cuerpo debe ser señal de nuestra reverencia y de nuestra devocion interior. Allí vamos á confesar á Jesucristo delante de los hombres, para que nos reconozca delante de su Padre celestial. ¿Dónde debemos mostrar principalmente que somos sus siervos, sino en su casa? ¿Dónde debemos dar señales de aquel res-

petuoso terror con que se debe estar delante de la majestad de Dios, sino en su templo? Allí toda nuestra ocupacion debe ser adorar á Dios y cumplir para con su soberana grandeza con todas las obligaciones de religion de que somos deudores. Por otra parte, nosotros estamos obligados á edificar el comun de los fieles; y si en todo tiempo y en todo lugar les debemos dar motivos de ejemplo y de caridad, principalmente es en la Iglesia, durante la celebracion de los santos misterios, en donde segun el precepto de Jesucristo debemos excitarlos á glorificar al Padre celestial.

25. Y no obstante esto, hermanos míos, ¿cuántas profanaciones é irreverencias se cometen todos los dias al tiempo de este santo sacrificio? Vase á él sin reflexion, aunque Dios nos manda temblar al poner el pié sobre el umbral de esas puertas augustas que encierran la religion y sus misterios. Éntrase en la iglesia con la cabeza llena de inútiles negocios ó de locas pasiones y de diversiones frívolas con que se alimenta todos los dias. Búscase la misa mas ligera como sintiendo este solo cuarto de hora que se le da á Jesucristo cada semana. Aguárdase tambien á aquellas misas que se dicen tarde, para estar en ellas mas libres con gentes de igual indevocion y de semejante pereza. Déjasele hacer todo al sacerdote, ó por mejor decir á Jesucristo, como si no tuviesen parte alguna en su sacrificio, y léjos de tener algun sentimiento de devocion se les quita tambien á los que la tienen, por las distracciones que se les causa. No obstante, ello es preciso tener atencion.

26. Siendo el sacrificio del altar una continuacion del sacrificio de la cruz, cuyo espíritu, cuyo mérito, y cuyo fruto se derrama sobre las almas fieles que dignamente asisten á él, un cristiano debe estar presente á la misa como si estuviese presente á la pasion de Jesucristo, con atencion y admiracion del misterio y de todas sus circunstancias. Así estuvieron aquellas almas santas que estaban al pié de la cruz con sentimientos de amor, de dolor y de reconocimiento de un tan triste pero tan religioso espectáculo: padecian las mismas penas juntamente con el Salvador; se sacrificaban con él, recogian su espíritu y sus palabras; y veian con respeto correr su sangre, el precio de su salvacion y de la salvacion de todo el mundo. Tales son aun en el dia de hoy, por lo que toca á la misa, aquellas almas que tocadas del ardiente deseo de unirse á Jesucristo, ó por el celo de su fe, ó por la comunión de su sacrificio, corren tras el olor de sus perfumes eucarísticos; se acercan á él para ser ellas mismas hostias vivas de Jesucristo; van á destruir al pié

de sus altares todas las imperfecciones que pueden desagradarle, sacrificándole hasta las últimas ruinas de sus pasiones y hasta las menores inclinaciones de su amor propio, adorándole en espíritu y en verdad, y observando hasta las menores circunstancias de su sacrificio.

27. Con todo eso, se viene á él la mayor parte del tiempo como á una accion pasajera, adonde se asiste por hábito ó por azar, sin religion y sin oracion, desnudos de todo espíritu de piedad y de inteligencia, y por consiguiente de toda consolacion.

28. Pero acaso me diréis vosotros: ¿qué consolacion se puede tener en la celebracion de los santos misterios, en una lengua que no se entiende; ni cómo podemos nosotros, siendo unos ignorantes, responder *Amen* á vuestra accion de gracias, segun los términos de san Pablo? ¿Se trata hoy dia como en la primitiva Iglesia del don de lenguas de que abusaban algunos, y que el Apóstol intenta corregir? ¿Y no se os explica de viva voz nuestras ceremonias y nuestros misterios? Las traducciones de la misa ¿no se han publicado? ¿No sube al púlpito el doctrinero durante la misa á que asistís? ¿Se os quiere engañar ó privaros del conocimiento de las cosas santas? Pero sabed de una vez las intenciones de la Iglesia.

29. No ha querido Dios que sus Escrituras, que son inmutables y venerables, se mudasen como lenguas que se corrompen y se renuevan. Nuestros padres han guardado con cuidado estas antiguas fórmulas de nuestras obligaciones para que nuestros usos fuesen uniformes, para que la Iglesia universal llevase un lenguaje universal, y para que así como no habia sino una fe, así tampoco hubiese sino una lengua comun por la cual pudiesen comunicarse juntas muchas naciones. Han querido que se sirviese de una lengua antigua para denotar la antigüedad de la creencia, para que los fieles pudiesen asegurarse que creian lo que siempre han creído, puesto que se habla como casi siempre se ha hablado en el reino de Jesucristo. La Iglesia ha creído que era necesario conservar esta lengua autorizada entre todas para conservar la dignidad y la majestad de las cosas sagradas; para mantener esta señal de union en toda la familia de Jesucristo; para guardarse de aquellas profanas novedades de voces ó de palabras que tan cuidadosamente manda evitar san Pablo; para poner, en fin, á cubierto la Religion de la vicisitud de las dominaciones y de las variaciones de las lenguas, y dejar el culto y el servicio divino en aquel lenguaje en que los Apóstoles y los hombres apostólicos le han consagrado, no sea que se corrompa por quererlo reformar.

30. Juzgadlo vosotros mismos, hermanos míos, y veréis que si la misa se dijese en lengua vulgar, estaria sujeta á mudanzas, á pique de ser depravada y corrompida; perderia de su veneracion; se quitaria la comunicacion de las iglesias, necesaria para la unidad de su fe, cuyo vínculo es este lenguaje. Un sacerdote de una nacion no podria celebrar en la otra. Como quiera que sea, el fin de los officios eclesiásticos no es de instruir ó de enseñar á los que los dicen y á los que los oyen; están dispuestos precisamente para alabar las grandezas de Dios, para pedirle y para darle acciones de gracias. Dios, que sondea los corazones, ¿no os entiende bien y no basta que vosotros entreis de corazon en el espíritu de la Iglesia y de sus oraciones públicas?

31. Humillaos durante la misa ante la majestad de Dios; medidad los misterios de la pasion que se os representan; pedidle que os dé su fe, ó que os la aumente. Reflexionad sobre sus gracias y sobre sus beneficios, y excitad vuestro reconocimiento; ofrecédele á Jesucristo por prendas de vuestras buenas voluntades, de vuestra fe y de vuestro amor, si aun no podéis entrar en la participacion secreta y espiritual del sacrificio; pero sobre todo asistid á él con respeto y con temor.

32. De este modo nos manda Dios que estemos á la vista del santuario. Así lo están los espíritus celestiales delante del Señor, á quien alaban los Ángeles, adoran los Arcángeles y las Dominaciones, y ante quien tiemblan las Potestades. Notad estos grados y ved que á medida de lo que están mas elevados en dignidad, son mas respetuosos; y nosotros, viles y miserables criaturas, ¿estaremos sentados delante de él, errantes y orgullosos, sin circunspeccion y sin respeto?

33. Pero ¡ay de mí, hermanos míos! que casi no sé qué deba vituperar mas, ó la demasiada confianza de los antiguos católicos, ó el demasiado temor de los nuevos. Nosotros vemos entrar á los antiguos con la cabeza levantada en la iglesia, que miran como su herencia y como la casa de su padre; orgullosos de su religion, y familiares (digámoslo así) con los misterios, procurar los puestos mas honoríficos en las grandes solemnidades; forzar, por decirlo así, las rejas para entrar en el santuario; recostarse hasta sobre el altar y confundirse con los sacerdotes, á quienes turban algunas veces por una indiscreta temeridad en las funciones de su ministerio. ¿Cómo unas ceremonias tan venerables, y unos misterios que los mayores Santos han llamado terribles, pueden inspirar una confian-

za tan poco respetuosa? Tiemblan de terror las Potestades del cielo en presencia del Dios-Hombre que se sacrifica sobre nuestros altares; ¿y nosotros nos acercamos á él sin temor?

34. Por el contrario, los nuevos vienen á ella con repugnancia; no con aquel temor que inspira la dignidad de este sacrificio, sino con la que inspira su preocupacion; miran á este acto de religion menos por la fe que por las prevenciones de su nacimiento. ¿Por qué no nos dejais, dicen ellos? Miran como un gran trabajo lo que hace la mayor dicha de los verdaderos fieles; y piden como una gracia lo que siempre ha sido el mas severo castigo y la mayor pena de la Iglesia. Confieso, hermanos míos (y lo digo con dolor), que segun las antiguas reglas seréis excluidos de ella como indignos de asistir á los sagrados misterios. Echábanse en otro tiempo, no solamente los catecúmenos, sino tambien los pecadores, para castigarlos, echándolos fuera, y para excitarles deseos de ser admitidos á los misterios por la vergüenza que tenían de verse privados.

35. Pero la Iglesia ha considerado que la misa es un sacrificio propiciatorio, instituido propiamente por los pecadores; que la vista de esta sangre derramada por ellos podrá excitarlos; que los grandes pecadores tienen necesidad de grandes intercesiones; que las lágrimas de los verdaderos fieles, juntas con la preciosa sangre de Jesucristo, ayudadas de su espíritu y fortificadas con el mérito de su pasion, hacen algunas veces violencia al mismo Dios, digámoslo así, y le arrancan sus misericordias. La Iglesia os convida á él por gracia. Ella os llama á un misterio en que principalmente se ejerce la fe, y en que principalmente podeis esperar el obtenerla. Os manda asistir á él para que no os abandoneis á la irreligion, por no dejaros al arbitrio de vuestros propios deseos, para acostumbraros á su culto, para abriros los tesoros de los cuales es depositaria, para revelaros sus secretos, y para hacerlos testigos de la pureza de su sacrificio.

36. Venid, pues, á él, no como extraños, sino como hijos, para reconocer la soberanía de Dios sobre sus criaturas; para merecer su misericordia y satisfacer á su justicia; para dar gracias á su bondad infinita de todos sus beneficios; para pedirle por medio de la oracion todos los auxilios de que podeis tener necesidad. Sacrificadle un sacrificio de justicia, y esperad en él¹. *Sacrificate sacrificium justitie, et sperate in Domino*. Esperad que Dios os dará la gracia de conocerle. No os desanimeis; el gusto de las santas verdades

¹ Psalm. iv, 6.

vendrá á vosotros, y vosotros sentiréis las consolaciones del Espíritu de Dios; asistid humildemente á la misa, y decid á Dios¹: *Respice in faciem Christi tui*. Poned los ojos, ó Padre de misericordia, no en nosotros, sino en Jesucristo vuestro Hijo. No mireis vuestras ofensas; ved aquí vuestro Hijo que se ofrece por nosotros y quiere ser nuestro fiador. Poned los ojos, no en nosotros que estamos todos cubiertos de lepra, sino en vuestro Hijo, que es el Santo de los Santos y vuestro Hijo querido, para que por su gracia y bajo de sus auspicios podamos ser introducidos en vuestra gloria. En el nombre del Padre, etc. Amen.

¹ Psalm. lxxxiii, 10.